

CECILIA NORIEGA ELIO (editora)

EL NACIONALISMO EN MEXICO



El Colegio de Michoacán

*VIII coloquio de antropología
e historia regionales*

El nacionalismo en México

Cecilia Noriega Elío
Editora

El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

Introducción

I Problemas teóricos en torno al nacionalismo: Nociones e interpretaciones

Contra el nacionalismo: Corrupción de la nacionalidad	19
<i>Antonio Alatorre</i>	
Nacionalismo: Génesis, uso y abuso de un concepto	27
<i>Herón Pérez Martínez</i>	
El efecto tranquilizador del fratricidio: O de cómo las naciones imaginan sus genealogías	83
<i>Benedict Anderson</i>	
Filosofía y Nacionalismo	105
<i>Abelardo Villegas</i>	
El empeño populista: La identidad colectiva y la idea en el pensamiento antropológico	113
<i>Guillermo de la Peña</i>	
Notas sobre ciencia, nación y nacionalismo	141
<i>Juan Manuel Gutiérrez-Vázquez</i>	
Comentario general	153
<i>Enrique Krauze</i>	

II Estado y nación: La historia de México como proceso de proyecto nacional

Realidad económica y proyectos políticos: Los primeros años del México independiente	163
<i>Hira de Gortari Rabiela</i>	
El patriotismo liberal y la reforma mexicana	179
<i>David A. Brading</i>	
La democracia cristiana en el México liberal: Un proyecto alternativo (1867-1929)	205
<i>Manuel Ceballos Ramírez</i>	
El mito del mestizo: El pensamiento nacionalista de Andrés Molina Enríquez	221
<i>Agustín Basave</i>	
El nacionalismo priísta	259
<i>Luis Javier Garrido</i>	
Comentario general	275
<i>Andrés Lira</i>	

III Alternativas de nación

Cuestión étnica, estado y nuevos proyectos nacionales <i>Héctor Díaz-Polanco</i>	283
Las demandas de la derecha clerical, 1917-1940 <i>Leonor Ludlow Wiechers</i>	313
El nacionalismo conservador mexicano del siglo XX <i>Jaime del Arenal Fenochio</i>	329
Los dos socialismos mexicanos <i>Adolfo Gilly</i>	355
Comentario general <i>Luis González</i>	373

IV Estado y nación: La nación estatizada

El nacionalismo de Lucas Alamán <i>Lourdes Quintanilla Obregón</i>	377
La iglesia y el estado: La disputa por la soberanía <i>Manuel Rodríguez Lapuente</i>	387
Características iniciales del federalismo mexicano (1823-1837) <i>Manuel González Oropeza</i>	413
El cambio que se avecina <i>Carlos Bazdresch</i>	433
Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano <i>Carlos Monsiváis</i>	447
Comentario general <i>Manuel Villa</i>	469

V La nación y el territorio

Patriotismo y matriotismo, cara y cruz de México <i>Luis González</i>	477
La nación vs las regiones <i>Jorge Zepeda Patterson</i>	497
Las relaciones de propiedad en el proceso de construcción nacional <i>Martín Díaz y Díaz</i>	519
Autonomía regional y estado nacional a mediados del siglo XIX. Santiago Vidaurri y el liberalismo "de la frontera" (1846-1867) <i>Mario Cerutti y Rocío González Maíz</i>	551
Relaciones nacionales México-Estados Unidos visión desde la frontera <i>Víctor Alejandro Espinoza Valle</i>	563

Comentario general <i>Héctor Aguilar Camín</i>	577
---	-----

VI Las fronteras de lo nacional

Migración indocumentada México-Estados Unidos. Tendencias recientes de un mercado internacional de mano de obra <i>Jorge A. Bustamante</i>	587
Las fronteras y la formación de la nación: Chiapas <i>Andrés Fábregas Puig</i>	615
Televisión, educación y conciencia <i>Ramón Gil Olivo</i>	629
La televisión y los niños de la frontera norte <i>Amelia Malagamba</i>	643
Los Estados Unidos y el nacionalismo mexicano <i>José Miguel Insulza</i>	653
Comentario general <i>Heriberto Moreno García</i>	663

VII Dimensiones culturales del nacionalismo mexicano

Pegaso: Emblema de la Nueva Nación <i>Guillermo Tovar de Teresa</i>	671
Nacionalismo y Universidad <i>Jaime Castrejón Díez</i>	691
Religión y Nacionalismo <i>Jean Meyer</i>	703
Educación y la formación de la conciencia nacional <i>Rebeca de Gortari Rabiela</i>	719
El nacionalismo: De la abstracción a lo concreto poético <i>Eugenia Revueltas</i>	743
El escenario del nacionalismo cultural <i>Aurelio de lo Reyes</i>	751
Comentario general <i>Carlos Herrejón</i>	765

PATRIOTISMO Y MATRIOTISMO, CARA Y CRUZ DE MÉXICO

Luis González

“La patria

es primero” ha sido el lema más acatado por estudiosos y gobernantes de la República Mexicana de la independencia para acá. Unos y otros se han saltado muy rara vez las bardas de la nación. La locura de los intelectuales mexicanos por el tema de su patria quizá jamás ha sido superado en ningún otro país. La gran mayoría de nuestras pesquisas intelectuales son de asunto patrio. Se averigua y se escribe en muy pequeñas dosis acerca de los demás países o de las partes disímiles de éste. Desde el robo de medio territorio nacional, perpetrado por tropas norteamericanas, los sucesivos grupos dominantes en México han hecho todo lo posible para crear la imagen de una patria epopéyica, odio al invasor y menosprecio a los particulares nacionales, y para imponer como lema de la mexicanidad la tesis de “nada exótico ni nada disímulo”; equivale decir: “ninguna tarea de mayor ni de menor tamaño que el de México”. Muy pocas veces nuestras minorías rectoras han apoyado la vocación universalista, de cruce de todas las culturas, de la sociedad mexicana en su conjunto, así como la vocación localista, el apego a la tierra de muchísimos mexicanos.

Para las minorías rectoras de México éste es uno e indivisible pese a sus dos millones de kilómetros cuadrados de territorio, sus tres pisos, sus tres sierras madres, sus tres altiplanos, sus múltiples volcanes, la multitud de valles y antivalles, las muchas regiones asoleadas y desnudas y las pocas regiones vestidas de verde, las nubes artificiales y crecientes sobre media docena de anchas verrugas urbanas, las pocas nubes de verdad y la escasez de agua en la gran mayoría de los campos; en suma, una tierra hecha de retazos, un suelo multiforme. En la élite política, sólo a regañadientes se acepta la disparidad del país en su aspecto humano, aunque salta a la vista que los ochenta millones de compatriotas no comparten un modelo racial único; son de variada tesitura física. En el extenso y poblado México perviven todos los

niveles de la historia universal desde la época de la piedra pulida hasta la época de la computadora. Pese a todo, el pueblo llamado neoespañol durante tres centurias y mexicano en los dos últimos siglos tiene tres denominadores hasta cierto punto comunes: la religión católica y el idioma castellano, adquiridos durante la dominación ibérica, y el régimen republicano, uniforme político desde el derrumbe de Agustín I. Sin lugar a dudas existe una patria con características compartidas por casi todos los mexicanos, pero lo sobresaliente es un mosaico multiforme, una surtida variedad de paisaje, razas, estilos de cultura y niveles históricos que se agrupan en zonas, regiones y municipios.

Con fines puramente administrativos, los mandamases de la metrópoli han permitido la partición de México en sus nueve zonas originales: la pizarra yucateca de los Montejo, Veracruz, Anahuac y los breñales del Sur de Hernán Cortés, el Occidente de Nuño de Guzmán, el Norcentro de los gambusinos, el Norte de Francisco de Ibarra, el Noreste de Luis de Carvajal y el norte de los jesuitas. Las zonas de México tienen muy poca presencia en los pisos altos de la política, la economía y la cultura nacionales y no demasiada en el ánimo público. Nadie puede hablar en serio del separatismo de Yucatán o de solicitudes de autonomía del ancho Norte. Nadie avizora la posibilidad ni la gana de hacer de México ocho estados-naciones, ni siquiera ocho provincias autónomas. Por este lado no hay riesgo a la vista contra la sagrada unidad de la patria.

Tampoco existe riesgo de fractura por el rumbo del falso federalismo. La división del país en treintaiuna entidades federativas, que se dicen irónicamente libres y soberanas, es incapaz de producir disgregación. Las intendencias, precursoras de los estados, se establecieron para unir los poderes locales al poder central. Los estados del México independiente mantuvieron la vocación unificadora de las intendencias. Los gobernadores estatales han sido agentes de la centralización del poder. Si alguno de ellos toma decisiones propias se le aparta del mando sin miramientos. Con toda justicia, cada mandamás de un estado se ha hecho acreedor al título de virrey o intendente. Tampoco cabe aducir como ejemplos de particularismo estatal la pululación de historias de Aguascalientes, Campeche, Coahuila, Chihuahua, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, Querétaro, Sonora, Tamaulipas, Veracruz, Yucatán y demás entidades federadas. La gran mayoría de las obras relativas a un estado de la república han sido escritas para mostrar lo que tiene de común con el conjunto de México, no para

señalar otros climas, modos diferentes de haber mantención, hazañas propias, choques con el centro, afanes de autonomía, gustos distintos, maneras de sentir y de pensar exclusivas. Lo que el gobierno y la inteligencia han querido hacer pasar por el México disímulo son cachos del común denominador de la patria, son partes de un todo y de ninguna manera todos aparte.

Lo mostrado por los mapas y las leyes como el México múltiple, formado por treinta y una provincias y un distrito federal, es el México único. La cantinela sobre la abundancia de pequeñas naciones, de identidades diferentes en el ancho territorio nacional alude a regiones y terruños. La configuración del territorio mexicano, tan lleno de sierras y otros obstáculos del relieve, ha sido desfavorable para la unidad nacional, ha ayudado a la formación de doscientas regiones con "características inconfundibles que se remontan a los tiempos prehispánicos o a los días de la colonia", según el poeta Homero Aridjis. La República Mexicana es un haz de regiones, algunas con nombres propios como el valle del Yaqui, los Altos de Jalisco, la Tierra Caliente de Michoacán, la Chontalpa, Mapimí, Tarahumara, Costa Grande, el Bajío, la Huasteca, la Laguna, los Tuxtlas, y otras sin nombre, pero sí con peculiaridades. "Cada región —ha dicho Enrique González Pedrero— ha creado o recreado sus propias formas de relación y comercio con la naturaleza, una manera de trabar relaciones sociales y hasta un estilo de ejercitar el poder". La región mexicana es una unidad cambiante de índole ecológica, económica, histórica y cultural que suele producirse en un área promedio de diez mil kilómetros cuadrados, que reconoce como cabeza a una ciudad mercado. Generalmente no corresponde a una forma político-administrativa. Tampoco la gran mayoría de regiones mexicanas ha engendrado agudas conciencias regionales ni pretensiones de autonomía.

Los saberes científicos sobre esas áreas homogéneas de características físicas y culturales diferentes de las áreas vecinas, las regiones de México, son todavía pocos e insuficientes. Claudio Stern estableció la existencia de dos centenares de regiones y Gonzalo Aguirre Beltrán, David Barkin, Elinore Barret, Pedro Carrasco, Enrique Cárdenas de la Peña, Mario Cèrutti, Claudio Dabdoub, Mario Gill, Robert Redfield, Hélène Riviere D'Arc, Bryan Roberts y Ramón Serrera han estudiado algunas de ellas. La región, a partir de 1979, fecha de arranque del Colegio de Michoacán, se ha vuelto tema de estudio obsesivo. En Colmich, la observan científicamente Patricia Arias, Brigitte Boehm,

Juan Manuel Durán, Jaime Espín, José Lameiras y Gustavo Verduzco; en El Colegio de Jalisco, Carlos Alba y Guillermo de la Peña; y en los colegios de la Frontera Norte y Sonora, otros importantes investigadores. La región, vista con algún recelo por los poderes nacionalistas, ha comenzado a ser contemplada con interés por antropólogos e historiadores. Lo mismo cabe decir de la unidad mínima del mosaico mexicano, de los terruños, los pueblos, los pequeños orbes.

Las matrias

los municipios, las parroquias o las patriecitas. Aunque el pequeño mundo municipal de Ramón López Velarde, Juan de la Cabada y Juan Rulfo no cesa de perder sus peculiaridades en los tiempos que corren, es aún una realidad muy notoria e influyente en la vida de México. Todavía una mitad de los mexicanos se insertan en minisociedades pueblerinas, municipios, terruños, tierrucas, parroquias, patrias chicas o matrias cuyas características objetivas vamos a esbozar una vez justificado el uso de la palabra *matria*. Como la palabra madre y sus derivados se usan frecuentemente en nuestro país en expresiones injuriosas, han caído en desuso en expresiones llanas. Sin embargo, como en la busca de un término evocador de lo opuesto a patria no di con ninguno decente, me incliné por el uso de *matria* para referirme al pequeño mundo que nos nutre, nos envuelve y nos cuida de los exabruptos patrióticos, al orbe minúsculo que en alguna forma recuerda el seno de la madre cuyo amparo, como es bien sabido, se prolonga después del nacimiento.

Una *matria* o terruño de corte mexicano es difícil de encapsular en una definición por el enorme surtido de terruños y lo poco que se conoce de ellos. Aquí se parte, para establecer el denominador común de los aproximadamente dos mil mexicanos, del de su servidor (San José de Gracia de la punta occidental del Bajío de Zamora) y de otros doscientos ámbitos municipales que constan en libros. Los más son espacios cortos, en promedio diez veces más cortos que una región. El radio de cada una de estas minisociedades se puede abarcar de una sola mirada y recorrer a pie de punta a punta en un solo día. En cuatro de las zonas del país, en el este, el oeste, el sur y centro, los nichos *matrios* suelen ser un valle estrecho o una meseta compartida, y en las zonas del norte remoto y del sureste o yucatanía, parte de una llanura. Pocas *matrias* de México sufren frío, y sí muchos calores bochornosos. Pocas le piden a San Isidro

que quite el agua y ponga el sol. La mayoría padece sed. Según los expertos en economía y salud, los microclimas del territorio mexicano dejan mucho que desear, pero si usted le pregunta a un lugareño por el clima de su tierra le dice que es el mejor del mundo.

Nuestras matrias han estado secularmente en contacto íntimo con la tierra. Su gente rústica y semirrústica se ha repartido entre un corto caserío llamado pueblo y un número indeterminado de rancherías. Por regla general, los pueblos del Sureste, Sur, Oriente y Centro se fundaron con sus calles y plaza, conforme al patrón de retícula o tablero de ajedrez, en la segunda mitad del siglo de la conquista, hace cuatrocientos años. Las cabeceras o pueblos del Occidente y de las zonas del norte fueron trazadas, en su mayor parte, en los siglos de las luces y de las luchas, en los siglos XVIII y XIX. Las poblaciones de modelo rejilla albergaban hasta hace poco entre dos mil y quince mil habitantes, pero ahora algunas doblan la última cantidad y siguen siendo pueblos. En la presente época de explosión demográfica, en que se reduce al mínimo el número de "angelitos" y la gente se multiplica al vapor, apenas ha crecido la cantidad de pueblos pero sí aprisa el número de habitantes de cada uno. La gente de las rancherías tiende a mudarse a su respectiva cabecera y así contribuyen a su crecimiento, pero rara vez hasta el punto de convertirla en verdadera ciudad. La mayoría sigue siendo poblados rústicos que descarga sus excedentes de humanidad en las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, en algunos prósperos centros de región, en las capitales de los estados y en las plantaciones de Estados Unidos.

La gente de cada uno de los dos mil municipios mexicanos de dimensiones rústicas y semirrústicas suele estar emparentada y conocerse entre sí. Se llaman unos a otros por su nombre de pila, su apellido y su apodo. Los académicos dicen que en las pequeñas agrupaciones humanas se da el conocimiento interpersonal directo. Hay comunidades, como la mía, donde todos los vecinos somos parientes, donde va uno por la calle diciéndoles a los que encuentra: "¿Qué tal, primo?"; "buenos días, tío"; "quiubo, compadre"... En ninguna matría se da el caso extremo de ser todos los vecinos "entre sí parientes y enemigos todos" pero no son raras las enemistades dentro de la parentalia y sobre todo los conflictos entre unas familias y otras. En las matrias, la estratificación social es un tanto confusa y débil. En la arena de las discordias, la lucha entre familias es mucho más ardua que la lucha de clases. En otros tiempos, los pleitos por tierras, tan típicos de las

poblaciones menudas, tenían como contendientes a los hacendados, los comuneros y los parvifundistas. Ahora siguen los conflictos entre éstos y los camaradas ejidatarios y entre unos ejidos y otros.

Como es bien sabido, la gran mayoría de los hombres de las matrias de México se ocupan en labores agrícolas, ganaderas y artesanales que son ejemplos de inseguridad económica. El común denominador de la agricultura es el cultivo del maíz, el crecimiento parejo de los maizales. Han aumentado las superficies regadas artificialmente, pero todavía la mayor parte de los campesinos hace crecer las milpas con el agua celestial del verano. La menos insegura ganadería suele ser distintivo de las comunidades criollas y mestizas. En las poblaciones de las zonas central, occidental y sureña, donde todavía se usan lenguas vernáculas, la actividad económica de los meses de secas es artesanal. Pese a que apenas adoran al dios de la economía, aunque son casi ateos en este campo, los municipios rústicos arlean dos tipos de negocios o economías. El tipo, en decadencia, procura abastecer a la propia comunidad, es una economía de autoconsumo. El otro tipo, en crecimiento, tiene el propósito de abastecer a las urbes al través de las ciudades mercado. La siembra del maíz y el manejo de las vacas son generalmente actividades masculinas. En el notable nivel de artesanado conseguido por muchos pueblos, hombres y mujeres trabajan al alimón. En la hechura de comidas y la crianza de niños, sigue la primacía femenina. De hecho, las mujeres hacen el vestido, el sustento y la casa. La vida doméstica en los terruños o matrias es tan valiosa como la vida pública, pero ésta llama más la atención por sus caciques, curas y ferias.

No en todos los terruños mexicanos existe o ha existido un mandamás o cacique, pero sí en la enorme mayoría. Desde el siglo XVI, los antiguos caciques se hicieron una con los españoles intrusos para mantener enhiesta la institución del cacicazgo. El cacique es el hombre poderoso y autocrático de una matría o terruño que antes era el jefe de una familia que lograba imponerse a las otras familias. Ahora también cuenta con el apoyo de las autoridades de la nación, temerosas de la democracia. Además de cacique, los pueblos de la República tienen un gobierno municipal. La mayoría de las matrias cuenta con un grupo de munícipes. Estos, según la ley, son elegidos libremente por la mayoría ciudadana del municipio; en la realidad los designa el supremo gobierno en connivencia con el cacique de cada matría. En torno a éste, pululan las fuerzas locales: los tenderos y demás riquillos, el presidente muni-

cipal, el todista, el doctor, el lambiscón y pico de oro, el chistoso, el listo y el leguleyo.

En cada uno de los dos mil municipios menos poblados de la República imperan matices culturales propios. Por regla general, el paquete de valores que da sentido y cohesión a cada una de las matrias lo administra un cura católico con la ayuda de las mujeres de la parroquia y a pesar de los retobos del maestro. La mano del señor cura anda especialmente metida en la salvaguarda de los valores éticos y religiosos y en la celebración de la fiesta patronal. ¿Quién no sabe que cada parroquia de México posee una liturgia específica y nueve días del calendario para mantener providente y amigo a su patrono celestial, a su santo patrono? La fiesta patronal exhibe en caricatura, a las claras, los aspectos económicos, sociopolíticos y culturales de cada terruño, municipio, parroquia, o como ustedes decidan decirle a las matrias, hoy de moda como campos de estudio, aunque cercenadas de

Los matriotismos,

es decir, de sus dimensiones subjetivas. El gusto por la objetividad ha conducido a investigadores con patente de antropólogo o de historiador o de economista a la observación y el análisis de la ecología, los quehaceres económicos, la organización social, la forma de gobierno, la liturgia patronal y las notas pintorescas (cantos, danzas, antojitos y modos de pronunciar) de algunas de las miles de minisociedades que componen la República Mexicana. En mi lista de estudiosos de las patrias chicas figuran 227 personas. En este catálogo se excluyen eruditos de otras épocas. Son todos autores modernos, en su mayoría vivientes y saludables. Casi ninguno proviene de la patria estudiada. La mayoría son profesionales de las ciencias del hombre: antropólogos, sociólogos, historiadores, folcloristas y juristas. La mitad es de extranjeros, principalmente de norteamericanos. Estos acabarán por someter a rudas investigaciones a las dos mil matrias de México. Han empezado con las más oscuras y antiguas. Por otra parte, crecen en número y sabiduría los compatriotas estudiosos de la vida de pueblos y pequeñas ciudades. Todavía muchos son meros aficionados y dentro de los instruidos en la universidad, casi todos son flores urbanas que no saben cómo palpita el campo. Como quiera, ya comienzan a dar sus primeros frutos los pueblerinos estudiantes de los colegios de Michoacán, Jalisco, Sonora y la Frontera ocupados en la revelación de la vida y milagros de

las sociedades pueblerinas o matrias. El Colegio de Michoacán ha frecuentado mucho el camino matriótico al través de su corta vida. Destacó gente para la hechura de las monografías municipales auspiciadas por el gobernador Torres Manzo. En los doce últimos meses ha añadido 30 estudios municipales a los casi quinientos, registrados para todo el país. Medio millar de aportaciones reveladoras del paisaje mexicano no son cualquier cosa. 227 autores y quinientos treinta estudios ya dan para una bibliografía matriótica obesa como la que tengo en mi telar.

Una cifra tan considerable de autores y ensayos que descubren matrias de México parecería sugerir que el examen de la multitud de ese tipo de congregaciones está muy adelantado. De hecho falta mucho por hacer. La mayor parte de lo existente se ocupa de pueblos de las áreas indígenas. Los municipios o congregaciones de mestizos y criollos, que superan en número a las comunidades indígenas, apenas atraen la atención de los estudiosos. De algunas matrias indias, como Chilchota y su pelotón de pueblecitos, hay más de cuatro buenas investigaciones. De muy pocas matrias de gente moreno clara hay buenos estudios antropológicos o históricos. De casi ninguna se ha dado cuenta de su dimensión subjetiva, de su matriotismo. La matria o conjunto de actividades económicas, intercambio social, manejo del poder, costumbres domésticas, creencias, prácticas religiosas y folclor y el matriotismo o conciencia del propio ser, amor propio y voluntad de diferencia y autodeterminación son cosas diferentes e igualmente importantes, una más o menos investigada y la otra apenas entrevista por falta de entrevistadores *ad hoc*.

La sabiduría practicada en el campo, los pueblos y las ciudades pequeñas, procura lo concreto y lo propio. Rehuye el saber abstracto. No le halla gusto ni sentido a las elucubraciones filosóficas. En las matrias falta la costumbre de la abstracción. La conciencia pueblerina es lo opuesto del saber universitario que anda en busca de semejanzas. Los lugareños suelen decir con Juan José Arreola: "Somos muy distintos, y qué hermosamente distintos los habitantes de pueblos cercanos". La conciencia matriótica descubre en primer término la singularidad propia. Cada matria tiene su modo de entender y de vivir el valle o la meseta que la acoge, su río y arroyos, su bosque o chaparral, sus aguaceros y heladas, sus animales silvestres y domésticos y el conjunto de su economía. La mayoría de los lugareños son como los nobles de Europa, saben el apelativo de sus ancestros por lo menos hasta el nivel

bisabuelar. Saben muchas cosas de cada uno de sus contemporáneos. Renuevan día a día el conocimiento de su tribu. La conciencia de la patria chica de cada uno de sus miembros suele ser minuciosa y lúcida, pero pocas veces se da en libros de geografía, historia o etnografía. El conocimiento pueblerino de cada pueblo se expresa frecuentemente en forma artística, en pastorelas, corridos, versos de humor, novelas narradas, mitos históricos y conversaciones donde andan mezclados el saber y la emoción.

Es muy importante la poética de los pueblos, las emociones que suscitan en sus hijos la iglesia donde se arrodillan los suplicantes, “el mercado lleno de legumbres y cestas”, los árboles y las aves, “el santo olor de la panadería”, el silencio que permite escuchar el paso de las ánimas, “el río que pasa cerca del pueblo”, la cumbre que proporciona leña y divisadero, “el pantano en que se crían las ranas”. En la gente de ciudades mayores predomina el miedo a las corrientes de agua que se despeñan, las abruptas montañas, la vegetación tupida y los animales del campo, pese a las modernas vías de transporte y a la propaganda bucólica de los escritores románticos, del cine y de la televisión. En los pueblos las cumbres no espantan, el paisaje se siente como regazo, se quiere a la tierra natal no obstante que parecen negarlo el uso cada vez mayor de la motosierra para derrumbar encinas y pinos, la cacería y otras modernidades que casi siempre se originan en negocios urbanos. Las particularidades históricas recordadas también suscitan fuertes emociones. En suma, la emotividad matriótica hace de la tierra natal un luminoso, dulce y bello regazo con el mejor clima del mundo, el agua saludable, los rayos mejores del sol y la luna, las mujeres portadoras de las tres b, las casas como cobija, las comidas para chuparse los dedos, los crímenes más soñados, el santo más milagroso y los muertos más queridos. El sentimiento matriótico, aunque menos extrovertido y charangoso que el sentimiento de la patria, es quizá más fuerte, pero menos exclusivista.

El amor al terruño y sus valores propios, la adhesión de los lugareños a una comunidad corta no suele contraponerse ni al humanismo ni al matriotismo. Las emociones matrias no excluyen los sentimientos patrio y humanitario. Por ejemplo, es posible y nada desusado el ser fiel a las particularidades religiosas de Chalma o San Juan Parangaricutiro y mantenerse fiel a la Iglesia Católica. Con exclusión de muy pocos matriotismos mexicanos de corte indígena, la actitud matriótica se lleva muy bien con el catolicismo, con una religión de índole universal en la

que sus guías constantemente insisten en las verdades eternas y el apego a un pasado larguísimo. Los pueblerinos aman y veneran, sin violentarse, a su santo patrono, figura universal, y a los héroes nacionales, invocados, entre gritos, cohetes y balazos, los días quince y dieciséis.

En términos generales, la voluntad de los pueblos mexicanos es conservadora; quieren mantener consigo, sin mayores mudanzas, algunas costumbres domésticas (comidas, casas y modales de cada lugar); la decoración con macetas, jaulas con pájaros, imágenes de santos, fotografías de parientes, y la lengua vernácula, si la hay. Los gustos y anhelos matrióticos, en los aspectos de organización social y de valores culturales, miran más hacia el pasado y menos hacia el futuro. No sé cómo decir que la gente de los pueblos es castiza y descastada.

Los antropólogos que se han ocupado del estudio de los quereres pueblerinos coinciden en que lo conservador en cultura no quita el deseo de cambio en otros órdenes de la vida. El paisanaje sustituye el caballo y el burro por el camión, el coche y la bicicleta. Cambia con gusto las cocinas de leña por las estufas de gas. Si le cae el chahuistle, acude al médico, no al brujo. Se pega al televisor como la gente de ciudad. Las muchachas pueblerinas procuran vestirse según los dictados de los lanzadores de modas. Hay sed de progreso en el campo, según dictamen de los urbanistas. No llega a mayores lo que algunos antropólogos llaman: “conflicto entre la preservación de su propia identidad socio-cultural y las ganas de acrecentar su acervo tecnológico”. Cada vez se generaliza más la idea de que los pueblos de este país se mantienen adheridos a su pasado y con la mirada dirigida al futuro. Los pueblerinos de ahora comparten con los ciudadanos el anhelo de salir de pobres, el cariño a las máquinas, el gusto por los trabajos con un mínimo de fatiga, la búsqueda de salud, el ímpetu democrático y el deseo de saberes. Contra lo que puedan decir las güeras Rodríguez de hoy, el matriotismo mexicano, los Cuauhtitlanes de México están ávidos de tecnología moderna, no rehuyen el lucro, su individualismo los conduce con naturalidad a la democracia, gustan de saber novedades, oír radio y audiover televisión y estar a la moda, pero no han podido hacer buenas migas con

El patriotismo impaciente

y autoritario de los hombres que manejan el volante de la nación mexicana, con un patriotismo o nacionalismo que ejerce con frecuencia

acciones agresivas contra el matriotismo o conciencia de la patria chica, amor por el solar natal y anhelos de las dos mil minorías municipales. El patriotismo de los conductores de la República Mexicana casi siempre ha despreciado al matriotismo y todo lo que huele a rústico. El desprecio se manifiesta de mil formas de decires, actitudes y conductas. Se dice de los villanos, pueblerinos y rancheros que son villanos, pueblerinos y rancheros; esto es, gente de mala entraña, conducta torpe, perezosa, incivil, sin historia, igual en todas partes, sin educación, desorganizada, burda, lenta, instintiva, insensible, cursi, paya, pasguata, tonta, ignorante, sucia, inmóvil, desconfiada, socarrona, obtusa y pendeja. La gente ilustrada de las urbes está segura de que la otra gente no dispone de espíritu emprendedor, tira a la inmovilidad, está indotada y llena de prejuicios arcaicos. La minoría rectora de México, la que administra el patriotismo mexicano, no duda acerca del subdesarrollo de la población villana, pueblerina y ranchera. Aun los que se dicen simpatizadores de la vida en ciudades pequeñas, pueblos y ranchos expresan su ternura con palabras y actos desdeñosos. Ellos adjetivan a los pueblerinos llamándoles ingenuos, inditos y folclóricos. El metropolitano, máxime si pertenece al grupo dominante, está seguro de su superioridad frente al hombre de campo y pueblo. Arguye que ciudad y civilización son hijas de la misma raíz. Les resulta casi imposible deponer su orgullo ciudadano y ponerse al tú por tú con los patanes que ejercen el matriotismo.

El discurso patriótico de ninguna manera es de origen rural. Como dice Miguel de Unamuno, “el sentimiento de patria, de patria grande, de patria histórica, con una bandera y una historia común y una representación ante las demás patrias, siendo por ellas reconocida como tal, es un sentimiento de origen ciudadano”. El patriotismo nuestro es cosa de metrópolis y lo manejan como cosa propia los habitantes de la ciudad que le impuso su nombre a todo su país de dos millones de kilómetros cuadrados. También los vecinos de las capitales de los treinta y uno estados y una docena más de urbes grandotas como León o Tijuana sobreponen el patriotismo al matriotismo. La conciencia, la emoción y la voluntad patrióticas de México están muy ligadas a los hacinamientos de hombres, al despotismo, a la ilustración y al afán de modernización de los déspotas ilustrados y ciudadanos del siglo de las luces.

En los caudillos de la independencia de México se mantuvieron vigentes y en estrecha alianza los principios de la ciudadanía, el nacionalismo y la modernidad. El estado-nación, esculpido por los curas de

Dolores y Nocupétaro y por el general Iturbide quería ser como los estados-naciones a la moda, de estilo moderno, caracterizados por su fuerte desarrollo económico, estruendosa revolución industrial, grandes urbes, vida parlamentaria, gobierno nacido de elecciones libres y universales, pueblo culto, salud, deportes, libertad, glorificación mitológica de algunos militares batalladores y de una bandera ensangrentada. El nacionalismo propugnado por todos los gobiernos de la República Mexicana, por los federalistas y los centralistas, los conservadores y los liberales, los porfiricos y los revolucionarios, se distingue por su afán modernizador.

Aparte de eso, nuestro patriotismo reciente, ahora nacionalismo revolucionario, es también mandón, hispanófobo, indigenista, charro, receloso de la iglesia católica, con complejo de inferioridad, imitador a hurtadillas del arte y la literatura en boga en los países desarrollados, siempre a punto de inaugurar la democracia, maniático del uniforme, centralista y con poca disposición verdadera a que sus dos mil y pico de municipios hagan su vida. Se trata de un patriotismo venerador de mártires, envidioso de los triunfadores, triste, rebosante de miedos, aunque no lo diga, cree que lo hecho en México está mal hecho y que los mexicanos, quizá por culpa de la dominación española, quizá por el oscurantismo clerical, quizá porque los gringos nos ven de arriba hacia abajo, acaso por mal comidos, somos incapaces de cosa alguna, máxime si nuestra oriundez es pueblerina. Es un patriotismo pesimista, que no desesperado. Cree a veces en la redención de la parte rústica del país si se le trata con modos de papá. El ánimo tutelar de nuestro patriotismo está fuera de toda duda.

Los administradores de la nación, los miembros del gobierno federal y de los gobiernos de los estados han tratado de conducir paternalmente a pueblerinos y rancheros, de meterles las fórmulas modernizadoras con mano suave y sin tomar en cuenta para nada sus saberes y experiencias, el amor lugareño a ciertas tradiciones y circunstancias, y lo poco que al pueblerino le importan algunos conocimientos metropolitanos. La actitud patriótica de nuestra élite gobernante no sólo padece de obsesión modernizadora; también le da por convertir la unidad en uniformidad. En nombre de la patria una e indivisible se expulsan bellos y fecundos localismos y sobre todo se gobierna desde el centro, se cae en el mal que lleva el nombre de centralización administrativa.

La ciudad de México y sus sucursales dictaminan qué y cómo deben de aprender los niños del conjunto de pueblos de la República. Las

diversas crianzas recibidas en los hogares suelen ser atropelladas en todo lo que se aparte de la consigna pedagógica nacional. Según esto, los niños, como lo dijo alguna vez el claridoso sonorenses Elías Calles son del estado-nación, de la patria grande y tragona, que no del hogar ni del municipio. Centenares de miles de maestros trabajan en muchísimas escuelas de rancherías y pueblos para convertir a los niños en adultos muy semejantes entre sí; procuran la nivelación; se oponen a transmitir el pasado cultural del terruño donde enseñan; son generalmente agentes inmisericordes, que no exitosos, de la política centralizadora.

No se comportan más inteligentes y menos autoritarios quienes llevan a la multitud de cuauhtitlanes mexicanos los planes salvadores de la nación que se cocinan en las secretarías de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Comunicaciones y Transportes, Educación, Reforma Agraria, Pesca y Turismo. En la ciudad de México, donde el único cultivo es el de los jardines y la única ganadería es la de gatos y perros domésticos, se elaboran los planes a que han de ceñirse las labores de ejidatarios y parvifundistas de un país de doscientas regiones ecológicas diferentes. En la Secretaría de Educación se reconocen las mil diferencias culturales de la patria, pero se olvidan a la hora de hacer el plan global de desarrollo educativo. SEDUE y Reforma Agraria no son menos centralistas. Ni siquiera Turismo, tan promotor de trajes, artesanías y antojitos regionales, sabe tratar con la matriotería mexicana y apropiarse de las muchas cosas que los pueblerinos saben y los urbanistas ignoran.

El patriotismo ansioso de modernización, la impaciencia modernizadora, manejada por los gobiernos federales y estatales al unísono, suscita problemas inútiles, se azota, se preocupa, se da topes contra las paredes de los matriotismos. Se corre un cierto peligro de que las duras cabezas de algunos urbanistas derrumben las paredes municipales a fuerza de levantar polvos, hacer olas y esparcir ruinas. Por lo mismo, se impone un cambio de rumbo en el nacionalismo machista y uniformador, un

plan sin víctimas

para resolver la oposición entre los déspotas ilustrados y el hombre practicante de las enérgicas virtudes de su tierra natal. Se necesita un patriotismo que no se desquite de sus malas pasadas internacionales con los débiles matriotismos interiores. Abogemos por un amor patrio que no se encele con el amor de las personas a su tierruca y sus costumbres

ancestrales. El mundillo oficial debe aprender a convivir con las personas que se preocupan más por el mundo o por su patria que por su patria, pues ni los humanistas ni los matriotas ponen en peligro la existencia nacional. Sobre todo los matriotas son incapaces de poner en riesgo de muerte a una nación enorme. Ni Juchitán ni ningún otro municipio por más David que se sienta puede vencer al Goliat mexicano. Ningún terruño tiene el deseo y la fuerza requeridas para noquear a la patria. En cambio, todos los terruños pueden ayudar a la realización de algunas metas patrióticas.

Por diversas razones es muy difícil meter en una ponencia los diversos modos de colaboración entre los matriotismos y el patriotismo mexicano, las muchas maneras de evitar roces entre los secuaces del ancho mundo del papá gobierno y los prendidos a las faldas maternas o municipales. Como quiera, es conveniente apuntar algunas colaboraciones posibles. El matriotismo puede devenir la escuela de la democracia. Es un lugar común la afirmación de que el municipio es el almacigo de la semilla democrática. En las minisociedades, el anhelo de elegir guías políticos suele ser muy espontáneo. Si la tutela de la patria se olvida de intervenir en las elecciones municipales, si se permiten los ayuntamientos elegidos sin consignas, sin recomendaciones, sin sugerencias y sin fraudes del partidazo hasta ahora monopolizador del patriotismo, puede surgir una democracia directa, fundada sobre la igualdad entre los hombres y con escasa ambición de poder. A partir de la democracia municipal y sin mayores contratiempos, la tan venerada señora escalará todos los escalones de la vida nacional. ¿Acaso el estado paternalista pierde la adhesión de las células municipales por permitirles un autogobierno libremente elegido?

Si se les deja, los matriotismos son escuela de democracia directa, como en la pequeña ciudad antigua. Pero también pueden ser abastecedores de otras muchas carencias de la población superurbana de nuestros días. Los hombres que envía la urbe para acrecer el producto de las labores agrícolas, ganaderas y agroindustriales suelen fracasar en sus propósitos por exceso de conocimientos generales y escasez de saberes concretos almacenados en los almarios de agricultores, ganaderos y agroindustriales al través de los siglos. Con un simple acto de humildad, el papá gobierno y sus agricultores chapingueros, ansiosos de hacer producir la tierra, pueden aprender las microgeografías elaboradas por la gente del campo. Lo mismo cabe decir de las técnicas y usos de labranza de cada lugar. Es muy fácil llegar a contratos de cooperación

económica entre patriotas y matriotas, siempre y cuando los patriotas estén dispuestos a aprender de los matriotas. Estos, por regla general, se manifiestan dispuestos al uso de técnicas novedosas si demuestran ser superiores a las antiguas en un determinado terreno. El conocimiento que se tiene de cada uno de los vecinos, la sabiduría concreta del prójimo, quizá impida la formación de cooperativas en muchas comunidades, lo cual no es ninguna catástrofe económica. Esta se da cuando se impone la cooperativa sin tomar en cuenta el saber concreto de sus miembros. A la falta de consideración de lo que el paisanaje sabe del vecindario se debió el derrumbe del ejido colectivo.

Los profesionales de la patria, especialmente los políticos, no deben desoír las menudas sabidurías de los diferentes pueblos, las tradiciones de cada patria, el amor patrio, los localismos. La educación nacionalista puede dejar de tener líos con las crianzas matrióticas y conseguir mayor aprovechamiento de los educandos si incorpora profesores oriundos del lugar donde enseñen y sobre todo contenidos de la crianza lugareña. Se puede añadir a la aburrida geografía de la nación, la geografía municipal contada por alguien que la haya vivido bien. Las lecciones de historia patria que desnacionalizan a tantos niños podrían mejorarse si se les acuatán lecciones de historia patria o microhistoria. Sería muy provechoso el tener como profesor visitante de cada escuela rústica y semirústica a uno o varios cronistas locales. Por otro lado, conviene estimular la historia recordada por los lugareños grabándola y estableciendo en cada cabecera municipal un archivo de la palabra que forme parte de una casa de la cultura que ya debiera ser como el otro templo de cada una de las parroquias mexicanas. Las casas de la cultura, dotadas de biblioteca, archivo, museo, fonoteca, discoteca y escaparate de artesanías de cada uno de los municipios de México, pueden devenir los sitios más adecuados para la reconciliación del patriotismo con el matriotismo, y en definitiva, para el rejuvenecimiento de México y lo mexicano.

Por otra parte, algunas de las medidas oficiales para la regeneración de los pueblos han sido tomadas de conformidad con los posibles beneficiados. No pocos municipios han sido objeto de programas y aun de acciones gubernamentales inteligentes. Me gustaría evocar una política de nacionalismo revolucionario respetuosa de la sociedad rural. En el sexenio de Cárdenas, don Luis Chávez Orozco, encargado de asuntos indígenas, se opuso a la política de civilizar y mexicanizar a las numerosas comunidades indígenas aunque lloraran como niños bañados

con agua fría. Entonces algunos se rieron de las famosas unidades patrióticas, de la unidad étnica, de la unidad lingüística, de la unidad geográfica, de la unidad económica, de la unidad de ideas políticas y de la unidad de leyes; es decir, de la “unidad sagrada de la patria”. Entonces estuvo a punto de ponerse en obra un nacionalismo revolucionario respetuoso de los localismos y a la vez impulsor de una patria unida y en orden.

Ahora se vuelve a hablar de nacionalismo revolucionario sin uniforme, de un patriotismo que acepta las infidelidades matrióticas, las costumbres diferentes de dos mil y más municipios. El nuevo patriotismo metropolitano abjura, según dice, de actitudes autoritarias y machistas. En 1982, juntó, entre otros muchos, a simpatizadores de disidencias locales, de matriotismo, para que propusieran formas de ayuda mutua entre el patriotismo modernizante y los matriotismos surtidores de vigorosa cohesión familiar, contacto estrecho con la naturaleza, labor sin prisas, multitud de ferias, inmensas variedades de cocinas o “antojitos”, muchos saberes minúsculos y prácticos, numerosas y lúcidas artesanías, algunas formas de gobierno y diferentes tiples y andaditos. Poco después tuvo lugar la reforma del artículo 115 de la Constitución para abrirse brecha a las iniciativas locales y saciar los anhelos de autonomía de los municipios. Con todo, no parece ser el papá gobierno el que resuelva al final la vieja dicotomía, el que regule la

Reconciliación entre patria y patria,

pues el inseguro, titubeante, receloso, machista y palabrero patriotismo oficial de México suele tardar mucho en los cambios de postura, le cuesta trabajo pasar del dicho al hecho. Quizá ha aceptado la lista de cosas buenas que provienen de las dos mil patrias de México. Quizá se acerca la hora en que va a tener más sentido la vida en los pueblos menudos. Está claro que de manera espontánea la dicotomía entre la ciudad y el campo, entre la patria y patria se atenúa, debido principalmente a la mejora del nivel de vida y sobre todo a los medios de transporte y comunicación. El labriego y el pueblerino han dado en ir a la ciudad, en romper su claustro. Sus frecuentes viajes, por carreteras asfaltadas y en vehículos veloces que conducen a las urbes, de algún modo significan menoscabo en su repertorio de usos y adquisición de otras formas de vida. La facilidad con que ahora los patriotas visitan las ciudades ha permitido un toma y daca entre las costumbres de la

ciudad y las de los pueblos. Los pueblerinos acarrear chucherías y malas artes ciudadanas y colocan lentamente entre los ciudadanos algunas de sus exquisiteces de índole artesanal.

Otra manera de acercamiento entre el orden urbano y el rural lo produce el turismo o la visita de la población de la patria a pueblos de cierto tipo, así los situados a la orilla del mar, los próximos a pirámides, los de montaña mientras tengan árboles, los artifices de cerámica y ebanistería, los poseedores de aguas termales y los muy exóticos. Algunos sólo le conceden a los turistas la facultad de prostituir lo que tocan en sus recorridos. Otros hablan del amplio aprendizaje de los vacacionistas cuando se ponen en contacto con la gente buena y simple de las comunidades rústicas. No faltará quien diga que los metropolitanos en vacaciones han introducido a las matrias los blue jeans, el café con leche, las hamburguesas, las tortas y los refrescos embotellados. Sin duda todos concordamos en lo siguiente: Hasta ahora los turistas mexicanos sólo sientan cátedra en cosa del 10% de los dos mil municipios pequeños de la República. Los repartidores de coca cola, las salas de cine, los radios de transistores y los aparatos de televisión sí llegan a la gran mayoría de las matrias.

En los años treinta y cuarenta las películas mexicanas repartieron las costumbres delictuosas y nocturnas de la gran ciudad y los hábitos ecuestres, las canciones y otras virtudes del paisaje, con excepción de los latifundistas. Simultáneamente, la radio también contribuyó al toma y daca de canciones y modos de hablar de algunas matrias y la metrópoli. Enseguida aparece la televisión. Según Federico Silva, el televisor, un "instrumento satánico, tiende a borrar las diferencias regionales porque todo lo prostituye y estandariza". La satanización de la tele está de moda, máxime la de origen privado. Los intelectuales del patriotismo maldicen a Televisa y reconocen en Imevisión un buen instrumento de enseñanza. Otros no ven ninguna diferencia apreciable entre los programas informativos y de entretenimiento de las televisiones gubernamental y privada. Una y otra son escuelas seguras de patriotismo modernizador y unificador. Una y otra aplauden con el mismo entusiasmo las travesuras del PRI. Las emisoras de la televisión mexicana son del único grupo dominante de este país, aunque unas se manejen con la mano izquierda y otras con la derecha. Los canales de las dos versiones de la tele nacional lanzan un buen número de películas y telenovelas de otros países y muchos filmes, videocartuchos, noticieros, comedias, comerciales, deportes, entrevistas, estampas de como México no hay dos,

orquestas sinfónicas y vernáculas, chinas y charros cantores y cantantes bailarines unisex acuñados en el país. La televisión imevisiosa emite numerosos programas educativos, algunos destinados claramente a las comunidades rústicas, a las dichosas matrias, a dos mil municipios diferentes que sólo se igualan en la actitud sorda y desagradecida. Hay indicios de que los matriotas gustan más de los potpourris prodigados siempre en domingo y para gente grande que de los consejos acerca de qué, cuándo y cómo sembrar.

Según los mexicanos superpatriotas, que en los tiempos que corren son también archipesimistas, la gente municipal y espesa, la mayoría de los matriotas de la República, los numerosos teleadictos de las comunidades pequeñas han tomado a pie juntillas las lecciones disolventes de la televisión y han perdido sus virtudes y características, se han vuelto plebe metropolitana, ya son iguales entre sí e iguales a los hombres urbanos de la casta humilde. Por lo mismo, ya es obsoleto o está a punto de serlo el hablar de ciudad y campo, de patria y matrias, de patriotismo. Como quiera, los optimistas no le conceden mucha capacidad de destrucción a los mensajes televisados. Dicen que las pequeñas comunas siguen lentas, socarronas, hogareñas, religiosas, instintivas y reacias a las abstracciones. Dizque la televisión les ha hecho lo que el aire a Juárez. Otros piensan que los pueblerinos adaptan las lecciones de los medios de comunicación “a su manera”. Nadie habla con seguridad científica. El aspirante a conocer el influjo de los medios de comunicación como la tele en las matrias de México “se enfrenta –según Ramón Gil Olivo– al hecho mayor de la falta de investigaciones que sirvan de guía orientadora sobre el tema y, sobre todo, a requerimientos que provienen tanto de la teoría de la información, como de la etnografía, de la sociolingüística y de la antropología cultural”. Mientras no se disponga de las noticias necesarias la prudencia dispone el cierre del pico.

Es inútil seguir estas disquisiciones mientras no se tenga en mano un mayor número de pelos de la burra. Lo muy poco visto por antropólogos, economistas e historiadores acerca del toma y daca entre urbe y pueblos no permite todavía extraer consecuencias de valor general y carácter científico. Por su parte, el ponente se resiste a encerrar las conductas de los hombres en casilleros; cree –pueblerino al fin– en un saber antropológico tendiente al conocimiento de personas y comunidades concretas. Por lo mismo, no les concede mayor importancia a las generalizaciones acabadas de hacer. También se confiesa alérgico al uso

de la terminología propia de los científicos sociales. Si hubiese blandido un vocabulario sociológico su ponencia habría dejado de tener el aspecto de una sarta de viejos lugares comunes. Como quedó, es informe insincero, sin ímpetu científico y sin apariencia de originalidad.